

Reseña

DOI: <https://doi.org/10.25100/hye.v15i52.8286>

Reseña recibida: 10-10-2018 | Reseña aceptada: 03-06-2019

Marín Colorado, Paula Andrea

Un momento en la historia de la edición y la lectura en Colombia (1925-1954). Germán Arciniegas y Arturo Zapata: dos editores y sus proyectos. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2017, 156 p.

Kevin Marín Pimienta

Estudiante del programa académico de Historia, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia. Actualmente se encuentra en trabajo de grado. Universidad de Caldas, Manizales, Colombia. Correo electrónico:

ORCID: No tiene.

jkevinmarp@gmail.com

Hay varias rutas para aproximarnos históricamente a la literatura. Aquí nombraremos dos: una de ellas puede ser desde lo que manifiesta intrínsecamente la obra y cómo se relaciona con otras (la historia dentro de la obra hace parte de mundos particulares, de infinitos intercambios de la imaginación), o bien, aquella que encuentra la razón de los soportes técnicos, medios y ambientes culturales: todo el proceso social que rodea los quehaceres literarios y artísticos, y diríamos que se trata más bien de una comprensión “externa”, distinta de la que plantea la teoría y la crítica literaria. El último camino es el que emprende Paula Andrea Marín, investigadora que ha venido afirmándose como una de las principales estudiosas de la historia del libro. Su tesis doctoral planea sobre este territorio: *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)*. Sus trabajos anteriores se han enfocado en análisis sobre escritores colombianos de los siglos XX y XXI.

El trabajo de Marín Colorado podría pensarse desde la historia sociocultural difundida por Roger Chartier. Él critica aquella tradición que simplemente ve la historia del libro como recuento estadístico. Pues bien, este libro supera dicha concepción al combinar, de manera ordenada y precisa, la explicación sociológica e histórica con la presentación de valiosa información cuantificada.

El trabajo tiene un objetivo: desentrañar cómo, en la primera mitad del siglo XX, se desempeñó y entendió la labor del editor. No es posible aprehender lo anterior sin acudir a la *historia de la lectura*, pues es un proceso unido por la reciprocidad entre creadores, productores de libros y lectores (o, para no escapar del moderno lenguaje económico, de quienes los “consumen”). Pero en algún momento es posible percatar que la autora asume con más cuidado y mayor detenimiento la historia de la edición que la de la lectura.

El libro, en términos historiográficos, podría pensarse desde el método microhistórico. Quizás no puede ser de otra manera: diferente de lo que podemos hallar hoy –grupos empresariales o asociaciones, redes editoriales, etcétera–, en el período propuesto del siglo XX colombiano tal profesión apenas estaba redefiniéndose como consecuencia de las oleadas disimiles de modernización capitalista. De ahí que estudiar estos procesos sea más viable desde la biografía, los archivos privados, y la información recuperada acerca de la editorial (como su catálogo y registro de publicaciones), pero también yendo al encuentro de sus simientes, los libros, objetos que dan fe de enormes empeños.

Analizando dos procesos editoriales de gran relevancia, como el del humanista Germán Arciniegas y el del impresor, posteriormente editor, Arturo Zapata, es posible construir una historia del surgimiento del “capitalismo editorial” tardíamente abalanzado hacia nuestro país. Estudiar la actividad de estos dos editores supondría conocer, además del proceso económico subyacente a la producción de libros, su mercado, es decir, lo que la gente leía, o, si somos más cautelosos, compraba con asiduidad.

El libro está dividido en tres capítulos: el primero está dedicado a desentrañar los movimientos de Ediciones Colombia y de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, dirigidas ambas por Germán Arciniegas. Estos proyectos los llevo a cabo como editor independiente (en el caso de *Ediciones*), a la par que fungía como director del periódico *Universidad*; el segundo, la *Biblioteca*, como Ministro de Educación del gobierno de Eduardo Santos, y el proyecto continuó –aunque casi fue desechado por el regreso de los conservadores al poder– durante la presidencia de Alberto Lleras Camargo.

La autora demuestra la importancia del proceso instituido por Arciniegas en el tránsito hacia la modernización editorial: a diferencia de lo que hasta ese entonces se veía, el escritor bogotano se dedicó, en Ediciones Colombia, a la producción y promoción de libros exclusivamente, lo que señala la fuerte ruptura con la indistinción hasta entonces insoslayable entre el impresor y el editor: como intelectual el ejercicio de la edición estaba en sus manos y ya no tenía que dedicarse a los trámites económicos y administrativos. El segundo capítulo estudia la editorial de Arturo Zapata. El tercer capítulo presenta, en un momento, la historia de la edición y de la lectura según lo estipulado por las leyes sobre derechos de autor, así como, en un segundo momento, expone las preferencias de lectura desde la segunda mitad del siglo XIX hasta 1950, aproximadamente.

Hay dos categorías que posibilitan captar el proceso de modernización editorial: el capital comercial y el capital simbólico; éste término es prestado de las investigaciones de Pierre Bordieu. Ambos conceptos son también usados en el Segundo Capítulo, “Las empresas editoriales de Arturo Zapata (1926-1954)”, y por eso podemos adelantarnos en su explicación:

“Si encargos de impresión, pero no libros que demeriten en demasía su capital simbólico y el de su empresa editorial”¹.

Si bien las editoriales debían contar con el debido sustento económico para la producción de libros, estos no debían rebajarse hasta convertirse en objetos de dudosa calidad. De ahí que fuera común la reedición de escritores muy conocidos en la prensa (clara estrategia publicitaria), lo que permitía que se publicaran autores nuevos, como el caso del escritor José Antonio Osorio Lizarazo, donde apareció su primera novela *La cara de la miseria* (Ediciones Colombia, 1926). Hay títulos sobre temas muy solicitados y, por lo mismo, con cierto prestigio: libros de derecho y medicina; incluso “almanaques”, esporádicos, lo que indica que es encargo de impresión; también, generalmente, y para reforzar lo dicho, tesis académicas. La independencia de Arciniegas se explica, en parte, por la cantidad de libros publicados en los ámbitos de la literatura, la historia, la gramática y la política, tipologías que eran presentadas como “entretenimiento legitimado” por las élites culturales.

¹ Marín Colorado, Paula Andrea, *Un momento en la historia de la edición en Colombia (1925-1954)* Germán Arciniegas y Arturo Zapata: *Dos editores y sus proyectos*, 2017, p. 26.

La relación entre Arciniegas y Zapata es estrecha, porque sus procesos de modernización y de capitalismo editorial se da en la intersección histórica de la República Liberal. Por eso no es extraño encontrar similitudes; ya mencionamos la relación entre capital simbólico y comercial (el editor manizaleño, por ejemplo, evitó publicar únicamente, desde su Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata (CETGAZ), una única ideología política: en su catálogo se encuentran autores como Oscar Wilde y Benito Mussolini. Editó escritores que años después serían reivindicados, como León de Greiff y Bernardo Arias Trujillo. Asimismo, los une la política que estableció la Ley 86 de 1946 sobre la propiedad intelectual y las leyes de autoría. Tanto Arciniegas como Zapata argumentaron que era esencial la actividad de sus “colaboradores” —los escritores, ni más ni menos— y por lo tanto que sería justo que recibieran honorarios estimulantes para la consecución de sus obras. Hecho que nos aleja de la mentalidad decimonónica del humanismo clásico donde únicamente la publicación era un motivo para la satisfacción de ambiciones personales: lo indispensable era el prestigio dentro del círculo intelectual más cercano.

Hay un aspecto que puede resultar inquietante: no hay nada que confirme, más allá del catálogo de los editores, los gustos literarios de la habitual antinomia cultural: lectores “cultos”, por un lado, y aquellos acostumbrados a las lecturas “populares”, por el otro. Sinteticemos diciendo que la autora interpreta que los *cultos* preferían “el ensayo y la autosuperación”, mientras el grueso de la población acudía a la no-ficción o a la crónica social; es una lectura que resulta de lo que indica la proliferación de estos géneros en las publicaciones periódicas. Sin embargo, no son determinantes ni convincentes en la explicación sobre los gustos y preferencias; para obtenerlos deberíamos, antes que nada, precisar quiénes son los lectores de prensa, y no asumir previamente que estos son, por descontado, la mayoría de lectores que cabría clasificar como “populares”.

El trabajo de Marín Colorado resulta muy ilustrativo y aleccionador para quienes se interesan por la variedad de la historia del libro, ámbito que como ella misma indica en la presentación, sólo ha sido abordado por unos cuantos, a quienes nombraremos para ir conociendo: Renán Silva o Juan Guillermo Gómez García y, sin duda, narradores y poetas, como Juan Gustavo Cobo Borda, si sólo invocamos al más conspicuo.